

ALAMÁN EN LA HISTORIA Y EN LA POLÍTICA

Arturo ARNAIZ Y FREG

Soy una hoja seca que el viento
de la adversidad ha arrebatado
(Job. XIII, 25).

ALAMÁN, *Defensa* (1834), p. 107.

DON LUCAS ALAMÁN ha sido un escritor poco leído. Se cumplió ya un siglo desde su muerte y aún no se le otorga su lugar. Los que no le conocen creen conveniente deturparlo sin clemencia o rendirle elogios desproporcionados. Los de un partido lo llaman “estadista insuperable”, “iluminado insuperado”, y admiran en su obra histórica “aquel sosiego superior, aquella hidalga armonía de ecuanimidad y de entereza, aquel hermoso distribuir los resplandores y las sombras, según los imperativos de la realidad y no según la tiranía de los bandos”. Y, todavía hoy, del lado opuesto llegan los reproches a “sus delitos históricos” y a su “incapacidad humana”. Por algo decía él mismo que donde interviene la pasión política se pasa siempre de un extremo a otro.

¿Será que su complejidad psicológica es inextricable?

Cuando se le ha leído —hasta donde es posible— con auténtico deseo de imparcialidad, se ahonda la impresión de que en el relato de lo que vió e investigó no quiso entregarnos una visión cabal de México. Pero es innegable que nos dejó en sus escritos —a pesar de sus reservas y disfraces, y hasta por ellos mismos— su más fiel autorretrato.

Nacido en la opulencia, en el seno de una familia muy considerada, su infancia, como en tantos otros hombres, determinó el “estilo” de su vida. Diez años esperó su padre la llegada del hijo varón que perpetuase su apellido. Acariciado y tratado con blandura, ¿por qué nos extraña ahora que en la vida se comportara como un niño mimado? ¿Podemos censurarle que haya sido orgulloso hasta la exageración y hábil para los juicios despectivos?

En México, sintió que vivía entre medianías y puso especial empeño en afirmarlo así. “No he presentado colosos —dice en su *Historia*—, porque no he encontrado más que hombres de estatura ordinaria.” Y era tan clara la noción de superioridad, que cuando don Carlos María de Bustamante publicó su *Gigantomaquia*, se sintió directamente ofendido y se dió prisa en superarlo, oponiendo a los culebrones chismográficos una prolongada elegía cantada en honor de la raza hispánica.

Expresó con frecuencia una alta opinión de sí mismo. “Nada he hecho que desmienta los ejemplos de virtud que me transmitieron mis mayores”, escribe en 1834, al tiempo que sentía que era “un hombre en la madurez de la edad, de algún aprecio en la sociedad, que había servido en puestos de alta distinción”.

Se dejaba vencer fácilmente por las frases ingeniosas. Desde muy joven gustó el trato con gentes excéntricas no escasas de agudeza. ¡Con qué júbilo recordó siempre la “gracia” y las “exageraciones” del capitán Colorado, el corpulento militar que entusiasmó su infancia con sus relatos de “aventuras de las guerras de los indios”! Y, ¿no sabemos ya que fué la Inquisición la que descubrió entre sus amigos de 1813 a aquel Merino que “no tenía más delito que llevar consigo una jeringa cargada de agua bendita, con la que regaba piadosamente, levantándoles las ropas, a las damas que salían de los templos?” ¿No sería esta afición por lo chocarrero la que lo hizo amigo del licenciado Bustamante y le obligó a dejarse en el tintero el anatema contra adversarios tan afinados en la ironía como el Dr. Mier y como Lorenzo de Zavala?

Fué un hombre estudioso y de buen gusto literario. Censuró la propensión a la pedantería de las gentes de su tiempo; pero no consiguió escabullirse por completo de los peligros de la metáfora desmelenada. “Aunque Torcuato Trujillo tuvo que abandonar el campo, perdiendo su artillería y gran parte de su gente —dice—, la batalla del Monte de las Cruces produjo todos los efectos de una victoria. Leónidas en las Termópilas no consiguió tan gran resultado.”

Afirmaba su superioridad cuando podía reírse de la ignorancia de las gentes. Cómo lo vemos gozar con los defectos de la literatura pomposa y ofensiva de insurgentes y realistas. Y

qué elegante se ve ahora su desdeñosa recomendación a uno de sus adversarios del año 34: “no harían daño algunos conocimientos geográficos a los que hablan en público, y mucho menos a los que aspiran a ser ministros de Relaciones”.

Guillermo Prieto, que lo conoció rodeado de lacayos en su mansión de la Ribera de San Cosme, nos habla de “su cabeza hermosa y completamente cana”, de su boca “recogida y como de labios forrados”, la misma que hizo exclamar en España al autor de las *Semblanzas de los Diputados a Cortes en 1822*: “¡Vaya un piquito bien cortado!” Fué hermoso físicamente y lo supo. ¿No lo llamaron con zumba, en Madrid, “un diputado de filigrana”? Quizá por su buena presencia, admitía que el aspecto de las personas retrata su carácter. Así, habló de la “crueldad calculada de Morelos”, asociándola con su “rostro torvo y ceñudo, inalterable en todas circunstancias”. Elogió, en cambio, “el buen semblante de Calleja, su aire majestuoso y su conversación amena y agradable”. Algo debió molestarle, sin embargo, su baja estatura. Don José C. Valadés, que tantas valiosas aportaciones nos ha dado para el estudio de Alamán y que ha buceado en su obra con un sentido de encendida apología, ha hecho notar que para don Lucas “todo lo humano es GRANDE; todo lo bello es GRANDE; todo lo mexicano es GRANDE; y GRANDE es el adjetivo que más frecuentemente usa”. ¿No será éste un mecanismo de defensa contra lo que consideraba un defecto físico? Recordemos que alguien dijo de él: “Aunque chiquito, sabe muy bien dónde le aprieta el zapato.”

Por haber recibido el hábito de la tercera orden de penitencia de San Francisco, tenía prohibido rizarse, ponerse “babiliscos” y hacerse toda compostura artificial en los cabellos. Pero, si en su peinado tenía estas restricciones, nadie pudo evitar que durante años gastara, sin tener necesidad, unas gafas curiosísimas. Beruete lo describe en su diario inédito (el 12 de abril de 1823): “Se ha nombrado Ministro de Relaciones al señor don Lucas Alamán, joven de 28 años y de anteojos verdes, con acento parisién.” Aquí está don Lucas de una pieza: lentes inútiles, pequeño recurso para parecer distinto de como era: sin duda ópticamente inservibles; pero ¡qué aire cargado de solemnidad daban a su figura juvenil, prendidos, movibles y espejeantes sobre su fina nariz!

Y ¡“acento parisién”! Volvía del segundo viaje por Europa y ya las *erres* se le insubordinaban en la garganta. ¿Efecto de una prolongada permanencia en París? No lo creemos. Vivió entre franceses muy cortas temporadas, y eso sin carecer de la compañía de los Fagoagas o del Padre Mier. Hasta hoy, no tenemos indicios de que alguno de ellos haya olvidado nunca su castellano andaluzado, aprendido en México.

Estamos frente a una de sus complicaciones más curiosas; pero no pasemos sobre ella de prisa. Alamán medita hasta para gesticular. ¿Por qué habrá deseado mostrar en México acento extranjerizante? ¿Sería porque —hombre de buen tono— había visto en el Madrid aristocrático a las grandes damas de la corte, hacer “a la francesa” hasta el estornudo? Yo me he encontrado a Alamán en sus horas más sinceras en actitud de evasión. ¿No nos repite varias veces que de sus viajes ha dimanado toda la serie de sucesos harto variados de su vida? Beruete estuvo a punto de decirlo: Alamán vivió en desterrado y con disfraz.

Fué don Rafael Jimeno el primero que le hizo “ansiar por hacer un viaje a Europa”. Y después de sus jornadas de turista poco sensible a impresiones artísticas, acabó volviendo a su país para sentirse en ostracismo. Su desgracia fué estar fuera de sitio en la geografía y en el tiempo.

Cuando en Veracruz bajó de nuevo a suelo mexicano, lo recibió don Guadalupe Victoria. Don Lucas, que admiraba la circunspección y exigía serenidad en los ánimos para que el raciocinio pudiera tener lugar, escribe decepcionado: “Me pareció un gran mentecato.” Más tarde sería su ministro.

Era como un buen adinerado dieciochesco; tuvo las altas virtudes y las limitaciones del modelo original. Pedía respeto perpetuo al derecho de propiedad, porque “es condición esencial para el goce perfecto de un bien, la seguridad de gozarlo siempre”. Cuidó de contar con la buena opinión de “la gente de juicio”, de “las personas respetables”, de “la gente sensata de México”. En los últimos años se consideraba un hombre “con experiencia de los negocios”. Recomendó precisión en las leyes, respeto a las autoridades y buena organización doméstica, porque “nada puede hacerse sin orden ni economía”.

Sabía que el mexicano es “un pueblo conmovido por fuertes pasiones”; por eso lo sufrió como ambiente hostil. Planta

de invernadero, habría hecho un papel de primera importancia en una corte europea.

Era hábil para penetrar en el alma de las gentes; sobrio y reservado, lo vieron con respeto sus mismos adversarios.

Durante la primera parte de su vida política, practicó un notorio equilibrismo. "Se ha colocado por el medio dejando los extremos para gente de menos cálculo", escribió de él un comentarista en 1822; y todavía tres años después, Beruete alzaba la voz: "Alamancillo es un tente en el aire, y como tiene viveza, va colando en su ministerio".

A pesar de su crecida ambición de poderío, fué retraído. Estuvo más cerca de la antesala que de la tribuna. Despreció el aplauso popular por vano.

Sabía que en México es necesaria la energía para poder gobernar en tiempos de partidos. Como todos los civiles mexicanos de influjo decisivo en la política, tuvo su instrumento dócil para la acción: Anastasio Bustamante siguió fielmente sus consejos.

Cuando don Lucas defiende la administración "picalugana", hace su propia defensa. Llegó a la cima de su carrera política en el primer gobierno bustamantista. Tuvieron razón don Miguel Santa María y el doctor Mora: fué ésa la "administración Alamán". "Este jefe —escribió Alamán de don Anastasio en uno de sus libros—, como frecuentemente sucede en hombres de gran valor, es indeciso e irresuelto para todo lo que no es atacar al enemigo en el campo de batalla, y necesita para determinarse a aquello mismo que quiere hacer, algún impulso ajeno que lo arroje, como a pesar suyo, al partido que está inclinado a tomar."

Y si en público expresaba estos elogios, que hay que saber leer, en lo íntimo, y quizá por el dolor del que tuvo que actuar en segunda línea, despreció a su brazo ejecutante. ¡Curiosidades psicológicas de Alamán! En su autobiografía inédita escribe: "Bustamante no era capaz de nada".

Más piadosas fueron entre sí las gentes del bando contrario. El doctor Mora, hábil también en la tramoya y el manejo de los títeres, escribía de "la administración Mora" de 1833: "Se dijo y repitió hasta el fastidio que cuanto se hacía en aquella época era influjo de Mora. Mal conoce al señor Farías quien da crédito a estos desvarios. Este hombre,

uno de los más independientes de la posteridad de Adán, es incapaz de sufrir tal influjo. Uno es que Mora pensase y desease lo mismo que el señor Farías en los puntos capitales, y que, en consecuencia, se encargase de estudiarlos para facilitar su ejecución, y otro es que hiciese ceder o doblegarse esta voluntad de fierro que hasta ahora nadie ha podido someter.”

Y ¿QUÉ HIZO ALAMÁN —devoto del “momento crítico”— en su hora cúspide?

Habría deseado llegar al poder público en un régimen que, por sus antecedentes, estuviera en armonía con el ideal de toda su vida política. Las cosas habían de hacerse “con uniformidad, sin violencia, puede decirse sin esfuerzo, en un orden progresivo a mejoras continuas y substanciales”.

Íntima y públicamente antimilitarista —como lo fueron en su tiempo los mejores hombres de América y de España—, no desdeñó servir de consejero en regímenes originados en motines de cuartel, cuando se necesitaba “el influjo de un hombre superior”.

Medroso y pacifista, sufrió en sus intereses los efectos de “la uniforme veleidad de la conducta política” de muchos generales mexicanos. En el México de entonces —país de injusticia armada—, había presenciado atropellos y militaradas, atentados y despojos; vió, con dolor, cómo crecía el “espíritu de persecución”, “más cruel, cuando se ejerce por menor”. Pero, esto no obstante, hizo a un lado sus escrúpulos y se unió a los “jalapistas”. Más tarde se le oyó afirmar: “El triunfo hace perder de vista, muchas veces, los medios inicuos que han servido para obtenerlo.”

Su principio político fundamental era sencillo: había que actuar de acuerdo con “las costumbres formadas en trescientos años”, “con las opiniones establecidas” y “los intereses creados”.

Entendió la tarea del hombre público como conformismo pasivo con las ideas del pueblo. “Los males sociales deben remediarse, no sólo sin chocar con aquellas inclinaciones manifestadas por el transcurso del tiempo, sino por el contrario, lisonjeándolas y favoreciéndolas, pues de otra suerte la reforma no sería ni popular ni subsistente”.

Condenó el fanatismo de las clases populares cuando de él sacaron provecho sus adversarios. Y aunque sabía de los peligros a que está expuesto “un pueblo en que, por desgracia, la religión estaba reducida a meras prácticas exteriores”, se inclinaba por que las innovaciones se dejaran al tiempo, “¡como si el tiempo por sí solo —escribe don Miguel Santa María—, introdujera innovaciones!”

Sabía adaptarse con delicada flexibilidad a las circunstancias. Careció del valor y de la sinceridad en la acción que tuvieron los reformistas. Los ritos mexicanos externos, insuflados de paganía y ajenos al cristianismo verdadero, le parecían intocables porque “son muy del gusto e inclinación de este pueblo”.

Fué amigo de Inglaterra en las relaciones exteriores. Admiró la gran industria a base de máquinas de vapor y los sistemas de economía política que engendró; pero rechazó valiosos hábitos ingleses. Su actitud es contradictoria. Se dolía de la destrucción paulatina que el individualismo iba realizando en la antigua maquinaria estatal española; protestaba justificadamente porque desaparecían muchas instituciones protectoras, y al mismo tiempo era partidario del liberalismo económico: “Todo lo que ha podido ser obra de la naturaleza y de los esfuerzos de los particulares ha adelantado; todo aquello en que debía conocerse la mano de la autoridad pública ha decaído”.

En su anglofilia quedó incluido, en sitio preeminente, el “pasto inglés”, que trajo a México; pero no admitió el parlamentarismo. Consideraba una calamidad para las naciones la libertad de pensamiento y de expresión. “La libertad de imprenta en manos de las facciones —escribía hacia 1848— no sólo no es un medio de ilustrar a las naciones, sino por el contrario, el instrumento más poderoso de engaño y decepción”. Parece que recordaba entonces su periódico *El Toro*, que publicara con Rafael Dávila, y que de 1826 a 1832 hizo circular en los cuarteles. El sabio don Manuel Toussaint ha llamado a esta publicación envilecida, la “más soez de toda la literatura mexicana”.

Como ministro de Relaciones, su figura se ennoblece por una honda preocupación iberoamericanista. No fué solamente un patriota; supo unir en su política la noción del porve-

nir de México a la idea del ocaso de los pueblos hispanoamericanos. Por sus esfuerzos para evitar la hegemonía norteamericana en el continente, mereció que Anthony Butler lo llamara "hombre astuto y sagaz". Tomó empeño especial en conservar para nuestro país los territorios mexicanos. Quiso que retuviéramos íntegro el rico patrimonio que nos legara la colonia, y para lograrlo buscó la ayuda inglesa, entonces importante en estas latitudes.

Veía en los "elementos mal combinados que forman la población mexicana", la parte más vulnerable de la nación. Para fortalecernos consideraba esencial el ingreso de nueva sangre europea, y se propuso seriamente restañar las heridas que con sus persecuciones abrió la pasión yorkina.

Vivió con angustiada inquietud la noción de la debilidad interna de México; sentía aproximarse la hora de las mutilaciones, y le alcanzó la resistencia para presenciar el desastre. ¡Qué hondo patetismo envuelve la figura de Lucas Alamán, testigo de nuestra gran derrota! Todavía hoy sentimos el temblor que tuvieron sus manos cuando, desde el mirador de su casa, presenciaba ansioso la batalla de Padierna. Era, frente al invasor, un mexicano "viendo con el antejo" el cumplimiento y la consumación de sus más graves temores. En sus libros está presente su impresión. Al mirar en 1847 en el asta del Palacio de los Virreyes, una bandera que no era ni será la nuestra, sintió "vergüenza e infamia" de que en el país se hubiese ya perdido el sentimiento del honor y de la gloria militar.

EN EL PRIMER GOBIERNO de Bustamante, utilizó su influjo decisivo para actuar como representante de los "hombres religiosos, de honor, de probidad, de educación y de virtudes". Rico en bienes materiales, y deseoso de seguridad, pensó que apoyándose en las dos clases privilegiadas de la época, el clero y el ejército, podría obtener una paz duradera. Tuvo la idea un poco ingenua de que los males del país desaparecerían si lograba que las cosas pudieran volver al estado que guardaban en los risueños años finales del siglo XVIII.

Recordemos que a sus contemporáneos les produjo la impresión de hombre en el destierro. Suárez Navarro, viéndolo en 1852 gastado, decrepito y lleno de odios, escribía a Santa

Anna: "Su fama y su crédito me recuerdan al príncipe de Benevent, M. de Talleyrand". Fué, es cierto, un hombre de corte organizado a la europea; pero, más que con Talleyrand, Lucas Alamán merece ser comparado con otra figura de primera línea. Lo vemos actuar como archirreaccionario. ¿Existieron las clases populares para él? Apenas le alcanzó el tiempo para proteger las ciencias y las artes y cuidar de las conveniencias de "la sociedad". Fué "el puntal de la reacción, el espantajo de los liberales y el terror de los revolucionarios". Por sus manías, y por haber vivido en México, fué un Metternich en tierra de indios. ¿No nos ha confirmado Bertrand Russell que el tortuoso canciller austríaco era "un caballero muy pulido, casi el último antes de que viniese el diluvio democrático"?

NO FUÉ PRECISAMENTE LA DEMOCRACIA lo que acabó con la significación política de Alamán; pero lo que ocurrió después de su caída sí tuvo caracteres de diluvio.

La orientación ultramontana que dió a todas sus medidas, fué haciendo la situación más y más difícil. El ilustre general Manuel Mier y Terán, que profesó a don Lucas una amistad con escasas reservas, escribía en noviembre de 1831: "Nunca opinaré porque se vuelva atrás de lo hecho; ésta ha sido la falta capital del señor Alamán, sobre el cual se han amontonado infinitas dificultades que acabarán por abrumarlo".

El gobierno convirtió a don Vicente Guerrero en el "Mártir de Cuilapan", y Alamán se echó a costas una grave responsabilidad moral. A pesar de los subterfugios y las disculpas sutiles, no logró quitársela de encima en el curso de su vida. "Siento como el que más, la suerte de Guerrero, escribía Mier y Terán; sus servicios a la Independencia y su constancia en sostenerla, lo mismo que el hecho de haber sido declarado benemérito de la patria, pedían que se le hubiese tratado con otra consideración. Se dice que el gobierno lo ha comprado a Picaluga; yo no puedo creer esto del carácter tímido del señor Alamán, pero si así fuere, es necesario confesar que se ha cometido una gran falta de la cual acaso habrá motivo para arrepentirse en lo de adelante."

Desde entonces, Alamán sufre a Guerrero como anatema y como sordo remordimiento interior. Varias veces hizo for-

malmente su defensa; pero es evidente que no encontró tranquilidad. Las frases que con este suceso se relacionan son bien visibles aun en sus escritos de senectud. En su *Historia* hace reflexiones sobre los “sucesos desgraciados que el curso de las revoluciones hace inevitables, y en que todos tienen parte, sin que se pueda acusar en particular a ninguno”. Evaluando el fallo adverso de la posteridad, afirma que es “fácil suponer crímenes y fingir criminales cuando se pierden de vista las circunstancias que acompañaban a los sucesos”. Nos dice que “los partidos son fecundos en recriminaciones” y que “los compromisos en tiempos de revolución, arrastran a los hombres más allá de su intención”.

¡Qué desgracia haber tenido que actuar como parte principal en el gobierno que se manchó con la sangre de Guerrero! Él, que para mejor ajustarse al tipo del buen propietario de aquel y de todos los tiempos, era enemigo de la aplicación de la violencia en la solución de las dificultades sociales! ¡Inútiles habían sido sus precauciones para no ser arrastrado por la realidad tormentosa que le tocó vivir! ¿Qué servicio esperar ahora de su reputación de reserva, respetabilidad, y aquella su prodigiosa actividad desarrollada en la penumbra, que había decidido en último término el triunfo de más de una sublevación? ¿Podría repetir, con esperanzas de buen éxito, su cuidadoso ocultarse a las miradas indiscretas, para no aparecer ostensiblemente al lado de los victoriosos, sino cuando ya se podía llevar sin molestias el traje de ceremonia?

Y CUANDO VINO LA SUBLEVACIÓN de Santa Anna, la “que todo lo echó a perder”, según la frase inolvidable del Dr. Mora, Alamán vió que llegaba al final de su carrera de político elegante.

Su caída frente al santannismo sublevado, divide su vida en dos secciones. Antes de ella, estaba seguro de lo mucho que le permitiría su astucia. Caído, llegó a considerar la política activa como territorio enemigo. Apartado de la vida pública, juzgó inmerecido su destino y empezó a acumular materiales para explicar su retirada. Sin poder para aniquilar al adversario, inició su venganza a largo plazo.

Volvió a reaccionar entonces como niño mimado, al que todo cambio de situación hace sentir miedo. Se convirtió, ya

sin disfraz, en un devoto de la inamovilidad. Se podría intentar una clasificación de las gentes del mundo hispánico, según el modo como reaccionan ante el mes de septiembre. Creo que Benjamín Jarnés ha dicho que “parece que España eligió este mes para cambiar de postura”. Y así como se dijo de España, debe decirse de México, que también se ha hecho el ánimo de moverse en varios septiembrés históricos. Opinar sobre la significación de septiembre es dar la medida exacta de la capacidad que pueda tenerse para aceptar la idea de cambio en la historia de nuestros países.

La crisis del año 32, separa ya en forma irremediable las dos partes de la personalidad de don Lucas, que había mantenido unidas gracias a su indiscutible habilidad de “tente en el aire”.

En 1830 había dicho en Palacio, en un brindis: “El mes de septiembre es memorable y fausto para la República Mexicana. En este mes, el año de 1810 se proclamó la independencia por los señores Hidalgo, Allende, Aldama y otros varones esclarecidos. En el mismo, en el año de 1821, el señor Iturbide entró triunfante en México a la cabeza del ejército que la afirmó y consolidó”.

Y años más tarde, deja escrito en el cuarto tomo de su *Historia*: “Fatídico parece ser [el 16 de septiembre] para la nación mexicana. En su noche, fué preso Iturrigaray en 1808, y tuvieron principio los sucesos desgraciados que fueron acumulándose en seguida. En igual fecha de 1810, levantó Hidalgo en Dolores el estandarte de la revolución que, propagada rápidamente, fué causa de la desolación del país”.

Olvidaremos que Alamán, hablando de la “volubilidad de principios” y “la inconsecuencia de opiniones” de un obispo de Puebla, escribió: “permitido debe ser ceder hasta cierto punto a la fuerza de las circunstancias, principalmente en tiempos de frecuentes variaciones políticas, y para hombres que ocupan una alta posición; pero nunca debe serlo ponerse en contradicción consigo mismo, y proclamar lo contrario de lo que ayer se había recomendado”.

PERSEGUIDO POR LOS VENCEDORES y obligado a ocultarse, vió cómo al vencido en política se le vuelven las espaldas. “Nada suscita tantos enemigos como la desgracia”, escribió. Censuró

la movilidad e inconsecuencia de principios en los políticos y en los escritores, y acabó mirando los dolorosos sucesos mexicanos con ojos de enemistad.

La marquesa Calderón de la Barca lo conoció, hace cien años, en las recepciones de la legación española, y comentó, a propósito de su actitud de retirada: "Es por cierto frecuente en la actualidad, en México, que los hombres más distinguidos son los que viven retirados; los que han desempeñado su papel en el drama de la vida pública, convencidos ya de la inutilidad de sus esfuerzos en favor de la patria, se han retirado al seno de sus familias, donde tratan de olvidar los males públicos, dedicándose a los cuidados domésticos y a las ocupaciones literarias."

La Marquesa tuvo razón. Diez años más tarde, y sin haber leído las cartas de la esposa del ministro español, escribía Alamán: "En la época en que nos hallamos, todas las esperanzas de un porvenir mejor se han desvanecido; . . . tantas revoluciones sin fruto han apagado no sólo el espíritu de patriotismo, sino aun de facción y partido; . . . no queda en la nación ambición alguna de gloria, ni en los particulares otra que la de hacer dinero."

La señora Calderón nos habla con respeto de don Lucas, y lo clasifica como hombre de saber, que siempre ha protegido las artes y las ciencias. Nos dice que en la conversación era reservado, preciso y poco brillante: "cauteloso siempre al manifestar su opinión; pero siempre listo y dispuesto a dar informes sobre cualquier asunto relacionado con su país, con tal que no tenga que ver con la política".

Así fué el Alamán de los años finales, hombre de cautela, vencido por la decepción de lo que vió. Alamán fatalista, que dudaba hubiese algo imposible a la malicia humana, y afirmaba también que un infortunio es siempre precursor de otro. México, dijo una vez, "es una nación en que todo está por hacer, por haberse destruído todo lo que existía". "Todo camina como por casualidad", escribió en 1846 al Duque de Monteleone.

Reprochó a sus contemporáneos su superficialidad. Se dolió de que el honor ya no excitara en su tiempo a los corazones generosos, y de que los mexicanos encargados de la administración de los fondos públicos, hubiesen tratado a la

patria, a quien debieron el ser, peor que aquellos virreyes que en el reinado de Carlos IV, dejaron triste reputación de su conducta. “La han considerado algunos como país de conquista, o como un real enemigo tomado por asalto.”

SUS OBRAS HISTÓRICAS representan ante todo una defensa personal finamente elaborada. Quiso que sus libros tuvieran un matiz de altanera imparcialidad, y le pareció conveniente aplicarse la frase de Edmund Burke: “Ningún odio, verdadero o vehemente, se ha encendido en mi pecho, sino contra lo que he considerado como tiranía.” Expresó también que su objeto preferente había sido “indagar la verdad y presentarla con toda la severidad que las leyes de la historia exigen”. “He dicho con absoluta igualdad el bien y el mal que hizo cada partido.” Es verdad que, como expositor claro y a veces muy brillante, logró capítulos enteros en los que se mantiene serenamente reflexivo y domina la pasión; pero a pesar de su talento, no logró quitar a sus libros un enérgico acento polémico. Él mismo admitía que “el transcurso del tiempo y la variación de las circunstancias permiten imparcialidad”; pero se empeñó en relatar sucesos que tuvo demasiado cercanos.

Deseaba que el historiador no sólo recogiera apuntes acuciosos sobre los sucesos, sino que viera “el conjunto de los acontecimientos con ojos penetrantes e ideas generales”. Quiiso atenerse a lo comprobado, y utilizó con provecho las fuentes que le proporcionaron la amistad y la familia. Trabajó con profundidad en las bibliotecas y en los archivos; pero como sucede siempre que se llevan ideas preconcebidas, sólo encontró lo que buscaba.

Sus obras muestran con especial insistencia los aspectos sombríos de nuestras luchas interiores. Deseaba “no perder de vista las circunstancias”; pero frente al espectáculo mexicano le faltó comprensión. Lo juzgó humorística o trágicamente, y la historia no puede reducirse a una larga lamentación interrumpida por algunas carcajadas.

Fué un buen animador de escenas dolorosas. Trabajó en una voluminosa construcción histórico-política, elevada al servicio de una idea que parece llegó a sentir sinceramente. Creyó que la destrucción de la clase social a que pertenecía, indicaba la próxima liquidación del papel histórico de la raza

española en América. Podría verse en esto un reflejo de sus buenas cualidades de administrador de los bienes del Duque de Monteleone. Debemos también a José C. Valadés la publicación de una carta de Alamán al Duque, que pone al descubierto algunos de los factores que influyen en su posición crítica:

Me pregunta Ud. en qué consiste el efecto que ha producido en México la publicación de mi *Historia de México y Disertaciones*. Éste ha sido variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la conquista, dominación española y modo en que se hizo la independencia. Créase que la conquista había sido un verdadero robo y por consiguiente se tenían los bienes de Ud. como parte de este robo, con derecho la nación a recobrarla; ...todo esto ha cambiado enteramente, no se necesita más que ver alguno de los discursos de este año, en que se representa la conquista como el medio con que se estableció la civilización y la religión en este país; D. Hernán Cortés, como un hombre extraordinario que la providencia destinó para cumplir estos objetos. . . La conveniencia de todo para Ud. es evidente, pues esto ha hecho desaparecer la odiosidad con que se veía su nombre y bienes, asegurando a Ud. en la posesión de ellos, a lo que también ha contribuido el buen estado del Hospital de Jesús, que da cierta popularidad a la casa.

Por eso borra en sus libros, con injusticia que siempre fué incomprensible, a las civilizaciones aborígenes, y por eso afirma también que “México es un país en que todo cuanto existe trae su origen de aquella prodigiosa conquista”; para llegar en seguida a lo que ante sus intereses inmediatos era fundamental: la defensa de “los bienes del Duque de Terranova, que por su origen debían hacerse tan respetables para la raza española, que no tiene otro título para existir en el país el que estos bienes tuvieron en principio”.

Tuvo, sin embargo, más sentido de amplitud que muchos de los que actualmente se adhieren a su injusto criterio. Alamán negó a los indios hasta su presencia en la formación de la nacionalidad; pero admitió que los laboriosos mestizos eran “capaces de todo lo malo y de todo lo bueno”.

Se imitan sobre todo sus defectos; el neo-alamanismo ha exagerado la ceguera. Hemos visto a mestizos vergonzantes condenar el mestizaje y hacerlo origen de desdichas. Entre los partidarios del criollismo exclusivista y limitado se destaca por su genio José Vasconcelos. Aparte otros títulos, se le

admira sin reticencias porque es uno de los símbolos que, con su actitud, contribuye a fijar el sentido de una hora intensa de la vida de México. Vasconcelos ha sabido dar a Latinoamérica mitos nuevos y apasionantes. Tiene derecho a destruir mitos quien los substituye superándolos; pero la mítica vasconcelista será excedida con ventaja cuando se coloque dignamente entre las figuras egregias al indio y al mestizo americanos.

Alamán, por la defensa de sí mismo y de los intereses de su clase, ha sido historiógrafo de predilección entre las gentes acaudaladas. Si se propuso lograr que hubiera brotes de "alamanismo" cada vez que un grupo social fuera desposeído de sus riquezas en provecho del mayor número, podría sentirse satisfecho.

Y, ¿cómo explicó el suceso histórico?

Buen creyente, concebía la historia, con San Agustín y con Bossuet, como el desarrollo homogéneo de un plan divino; mas no fué inmune a la influencia de los enciclopedistas. Decía despreciar "aquella instrucción indigesta que da la lectura de los libros de la revolución francesa" —con minúscula—; pero se tenía bien leído su Voltaire. En sus obras lo vemos oscilar. Si a veces afirma que la historia es el "efecto de las voluntades de la Providencia, que sin cesar interviene en la suerte de las naciones", se muestra marcadamente volteriano cuando confiesa que los grandes acontecimientos se deben a causas muy pequeñas y que los sucesos no son muchas veces más que efectos del azar.

Así, nos relata cómo Isidro Barradas "se presentó en Madrid con el pretexto de la reconquista de México con cuatro mil hombres, y que fué oído por los ministros con el desprecio que es de suponer en cualquier hombre regular; cansado de solicitudes inútiles, interesó en favor de su plan al cocinero del Rey, quien por el gusto que le daba con sus guisos, tenía mucho influjo en él, y por este medio consiguió, a pesar de todos los ministros, que se diesen las órdenes necesarias para la empresa".

TUVO MÁS AFICIÓN A LA POLÍTICA que a la historia; sus obras son en buena parte derivados secundarios de su carrera de estadista. La posición que adopta ante personajes y sucesos,

está regida por los reveses que sufriera en los negocios públicos. Entendió su función de historiador como la de un creador o estimulador de la cautela: "Si mi trabajo diese por resultado hacer que la generación venidera sea más cauta que la presente, podré lisonjearme de haber producido el mayor bien que puede resultar del estudio de la historia."

A sus adversarios literarios les reconoció capacidad, y hasta virtudes personales; pero fué implacable con los que se le habían enfrentado en política, como enemigos suyos o de los intereses de su clase. En cuanto político era hipersensible; por eso no advirtió el grave error que cometía al dejarse influir en sus juicios históricos por un exceso de impresiones personales.

En México, nadie ha aderezado su mensaje con más abundantes materiales. A él se debe, aparte las *Disertaciones*, la primera historia del movimiento de Independencia escrita en gran estilo. No fué un virtuoso de la expresión, quizá por no haberse querido dar tiempo para ello; ocupa, sin embargo, un lugar de excepción entre los que cultivaron el género, porque, enemigo de "la inclinación a lo prodigioso", define y generaliza excluyendo todo aquello que podía tenerse por increíble, evadiendo con cuidado el panegírico desafortado.

Hasta su impugnador don José María Liceaga, se vió obligado a escribir: "su obra es la más laboriosa y completa entre todas las de su clase, y la más acreedora, por lo mismo, al aprecio y estimación general". Después acertó a limitar con justicia su elogio: "Con los trabajos de D. Lucas Alamán se han desmentido las fábulas y cuentos ridículos de que están plagadas las demás relaciones, [pero] todavía queda otra gran porción del mal que se intentó remediar."

Alamán fincó toda posibilidad seria de unidad nacional en el respeto a las tradiciones y los recuerdos, pero no escribió sus libros con el objeto de mostrar sinceramente la verdad. Tuvo fino sentido crítico; supo oportunamente que los grandes trabajos de investigación histórica deben someterse a un plan; mas a pesar de que admiraba la "buena fe de historiador", incurrió en el error de actuar como historiógrafo de partido.

Su alegato tiene mucho de rencor que se satisface a largo plazo. Empezó a escribirlo en una actitud carente de nobleza

porque deseaba que se diera a conocer después de su muerte. En el sepulcro, quitaba al adversario hasta la posibilidad de diálogo y de rectificación.

Pero muerto en 1848 don Carlos María de Bustamante, debió de sentir que se quedaba sin opositores y resolvió entregar sus originales a la imprenta.

Alamán realizó su venganza al estilo de los árabes. Se ocultó amargado en su tienda desde 1832 y esperó con paciencia el desfile de sus enemigos hacia el cementerio. No sabía olvidar; los que murieron antes que él y le debían algún agravio, fueron execrados sin misericordia. ¡Qué finura y qué miramientos usa en cambio para opinar en público de los que vivían! “He procurado, sin faltar con nada a la verdad, tratar las materias de una manera general por huir de lastimar a las personas determinadas y muy especialmente para que en nada pudiese darse por ofendido el Sr. Santa Anna”, escribe en una carta del año 34.

Su audacia frente a los cadáveres no pasó inadvertida. Don José García Conde hizo la defensa de la memoria de su padre, don Diego García Conde. En una carta acumuló los argumentos que destruyen las imputaciones de Alamán, y después de haber establecido la verdad, lo invitó a rectificar su juicio y le recomendó sensatez e imparcialidad, para que pudiera repetir con “un historiador contemporáneo”: “busco la verdad, y me avergonzaría de hacer de la historia la calumnia de los muertos”.

Tuvo capacidad para la gratitud y para la inquina. Sólo en sus escritos íntimos logró sinceridad, y la mostró en desprecio. Para el público habló siempre con elogio de sus protectores inmediatos; pagó favores personales con juicios laudatorios. Cuando sus adversarios ideológicos vivieron más tiempo del deseado, no pudo describirlos a su antojo, pero los dejó en la penumbra.

SE HA DICHO QUE “el ideal político y social de Alamán”, fué “una quimera que no cristalizó jamás”. Sin incurrir en la manía de contradecir por sistema, se puede sostener que don Lucas preparó con sus libros el advenimiento del Segundo Imperio. ¿No vemos que se duele a cada paso de que el Plan de Iguala no se hubiera cumplido con fidelidad?

No se propuso, sin duda, ser profeta; pero la verdad es que suspiraba por todo lo que ocurrió, o se quiso que ocurriese de 1862 a 1867.

“Perdidos somos sin remedio si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio”, escribió a un amigo en 1847. Basta haber leído sus obras con algún detenimiento, para convencerse de que son suyas las frases de la declaración monárquica que publicara *El Tiempo*, durante el gobierno de Paredes y Arrillaga: “Deseamos una monarquía representativa que pueda proteger a los departamentos distantes, defenderlos de los salvajes que los asuelan y extender las fronteras de la civilización que van retrocediendo ante la barbarie. Deseamos que haya un gobierno estable que, inspirando confianza a la Europa, nos proporcione alianzas en el exterior, para luchar con los Estados Unidos, si se obstinan en destruir nuestra nacionalidad.”

Imaginémoslo como testigo de la Intervención francesa. ¡Con qué complacencia habría aceptado de Maximiliano nuevamente su amado ministerio de Relaciones! Si reprobó que Iturbide aceptara la corona porque “una monarquía de nuevo origen reúne todos los males de una República a todos los inconvenientes de la Monarquía”, ninguna reserva le habría impedido que sirviese solícito al Habsburgo “bello como un arcángel” que traía la sangre de una dinastía multisecular. Hasta la tragedia final estuvo de acuerdo con sus afirmaciones: “Quien se dedica a hacer una revolución, debe resolverse a llevarla a cabo, y el que sube a un trono, no debe bajar de él sino envuelto en sus ruinas.”

¿PODRÍAMOS ACEPTAR que fué el teórico del último ensayo de monarquía en México?

Rodeado de signos adversos, murió sin alcanzar la consumación del vaticinio. Las vicisitudes de la vertiginosa política mexicana de aquel tiempo lo llevaron en 1853 al gabinete del hombre que en 1832 destruyó su porvenir político. Huyendo de Santa Anna se retiró de los negocios públicos en plena madurez. Su derrota determinó que iniciara la preparación de su larga excusa para no participar.

Frente al Santa Anna liberalón de 32, se vió obligado a adoptar la ruta curvilínea. Santa Anna ocupa también la sección final de su trayectoria en arco. Fué su ministro cuan-

do ya don Antonio se dejaba llamar "Alteza Serenísima". Alamán había apuntado muchos años antes, recordando a Espartero, que "el tratamiento de Alteza suele ser señal de ruina a quienes se les da, sin haber nacido sobre las gradas del trono".

Sabía la significación que en su vida y en nuestras contiendas anteriores tuvieron las zonas meridionales mexicanas.

D. Lucas es el hombre que mira hacia el Mexcala: de ahí habían salido para iniciar sus campañas victoriosas Morelos, Guerrero y Juan Álvarez; las más hondas conmociones sociales del país ahí tuvieron su principio. Cuando la vida de don Lucas estaba para concluir, nuevamente se encendió la revolución en ese rumbo. Decepcionado murió con la impresión de que una vez más se levantaban en su contra "aquellas nubes tempestuosas", que naciendo en la parte del Sur, "cubren en breve una inmensa extensión del país, anunciando su proximidad con el aparato de una terrible tempestad".

EN LA TAREA DE DESCIFRAR a uno de los hombres más complejos y llenos de matices que han vivido por estas latitudes, hemos seguido el consejo que él mismo diera hablando de Morelos: "su historia no puede escribirse con más exactitud que tomándola de él mismo".

Hombre de acción y de pasión, Alamán es una de las figuras de presencia inevitable en la interpretación cabal de nuestro turbulento diecinueve. Fué un gran señor chapado a la vieja usanza colonial española. Nacido en el aire suave de una paz de siglos, asistió en el curso de su vida a la dispersión del grupo social a que pertenecía. Tuvo el doble carácter de actor y relator. Su voz, con frecuencia injusta, contribuyó, sin embargo, a fijar verdades que tenemos olvidadas.

Se le reprochan su decepción y su amargura; pero hay que convenir en que, dentro de nuestro país, nadie expresó con más hondura la protesta de una clase social que desaparecía, barrida por un orden de cosas más humano.

Tuvo y tiene Alamán la peligrosa virtud de despertar grandes odios y fervorosas admiraciones. Para entenderlo mejor será siempre necesario aproximársele con simpatía, acercarse a escucharlo, y recoger sobre todo lo que nos insinúa

en voz muy baja. Nunca se deje llegar la condenación hasta el insulto. Muerto o vivo, cada hombre es un espectáculo digno de respeto.

No acertó a superar lo que tenía; pero logró salvarse, porque sus virtudes de patriota exceden con mucho sus defectos. Sufrió hondamente por causas ajenas a su voluntad, y se acostumbró a mirar la vida con ojos de fatalista. No entendió a México; pero supo amarlo. Desorientado, extrajo del Libro de Job, en una hora de angustia, su definición cabal: "Soy como una hoja seca que arrastra el viento de la adversidad".

Era, como tantos, un hombre ansioso de piedad.